

CRÓNICAS DEL MUNDO ANTIGUO

La Tercera Ley

The Third Law

Español latinoamericano · B2 · Fantasía épica

15 historias · ~27.000 palabras

*"La primera voz, que ha esperado cien años,
está a punto de elegir."*

Sobre esta serie

Hay cosas que el Imperio no puede nombrar porque nunca quiso aprenderlas.

Kael aprendió el nombre que no puede pronunciarse. Mira fue testigo de que lo recibió. Rael sabe dónde están los textos que el Archivo lleva cien años escondiendo. Y Erevan, que llegó a Vorn con la certeza más grande de su vida y salió sin ella, está haciendo algo que nadie hubiera predicho: hablar.

En este tercer libro, el proceso de reparación llega a su conclusión. La primera voz, que ha esperado cien años con la paciencia de algo que no necesita apresurarse, elige. No ser liberada — esa es la palabra equivocada, el marco equivocado, el error que Erevan habría cometido si hubiera llegado más lejos. Elige completar algo que empezó mucho antes de que ninguno de los personajes de esta historia naciera.

La Tercera Ley no es una amenaza. Es una descripción. Y Kael, que pasó siete años copiando textos de otras personas sin saber que era exactamente el entrenamiento que necesitaría para esto, está a punto de entender por qué.

About this series

There are things the Empire cannot name because it never wanted to learn them.

Kael learned the name that cannot be spoken. Mira witnessed him receive it. Rael knows where the texts are that the Archive has been hiding for a hundred years. And Erevan, who arrived at Vorn with the greatest certainty of his life and left without it, is doing something no one would have predicted: talking.

In this third book, the process of repair reaches its conclusion. The first voice, which has waited a hundred years with the patience of something that has no need to hurry, chooses. Not to be freed — that is the wrong word, the wrong frame, the mistake Erevan would have made had he gone further. It chooses to complete something that began long before any of the characters in this story were born.

The Third Law is not a threat. It is a description. And Kael, who spent seven years copying other people's texts without knowing it was exactly the training he would need for this, is about to understand why.

Índice de historias

- 01. El regreso a Arath (*The Return to Arath*)
- 02. Lo que Verin sabe (*What Verin Knows*)
- 03. El hombre que habla (*The Man Who Speaks*)
- 04. La ciudad vista desde afuera (*The City Seen from Outside*)
- 05. El texto que no debería existir (*The Text That Should Not Exist*)
- 06. La sección cerrada (*The Sealed Section*)
- 07. Interferencia (*Interference*)
- 08. Una carta del norte (*A Letter from the North*)
- 09. El camino de vuelta, solo (*The Way Back, Alone*)
- 10. Lo que cambia en la llanura (*What Changes on the Plain*)
- 11. La elección (*The Choice*)
- 12. El primer día sin voz (*The First Day Without Voice*)
- 13. Lo que Mira lleva (*What Mira Carries*)
- 14. Vorn vacío (*Vorn Empty*)
- 15. Lo que queda (*What Remains*)

Historia 1

El regreso a Arath

The Return to Arath

Español latinoamericano · B2 · Fantasía épica · ~1.900 palabras

Hay una manera específica en que una ciudad que conoces bien parece extraña cuando regresas después de haber cambiado.

No es que la ciudad haya cambiado, aunque también haya cambiado: Kael notó tres edificios nuevos en el distrito sur, un puente reconstruido sobre el canal que bordeaba el mercado de los tejedores, y una ausencia donde antes había estado la estatua del fundador del Tercer Archivo, que alguien había retirado discretamente durante su ausencia sin que ningún aviso oficial explicara por qué. Era que él la veía desde un ángulo diferente, con ojos que llevaban registros distintos a los que había llevado siete años antes, cuando la ciudad era simplemente el lugar donde vivía y trabajaba y no pensaba demasiado en ninguna de las dos cosas.

Arath en otoño avanzado tenía ese aspecto particular de las ciudades que anticipan el frío: las calles más vacías de lo habitual, los vendedores ambulantes concentrados en los puntos de mayor tráfico, los canales con ese color gris verdoso que tomaban cuando la luz bajaba ángulo. Era una ciudad que Kael había cruzado miles de veces sin mirarla realmente, con la indiferencia específica de quien habita un lugar tan completamente que deja de percibirlo.

Ahora la percibía.

No con nostalgia, no exactamente. Con la atención de alguien que ha estado lejos el tiempo suficiente para ver lo que antes daba por sentado, y que sabe que ese tipo de visión no dura: se integra, se normaliza, y en algún momento la ciudad vuelve a ser simplemente el lugar donde uno vive. Habría que aprovecharla mientras durara.

Sera caminaba a su lado pero un paso por delante, como siempre: el hábito de quien ha pasado años siendo el punto de referencia del grupo. Se había callado desde que cruzaron la puerta norte de la ciudad, lo cual en ella era una señal de procesamiento más que de silencio. Kael la conocía lo suficiente como para saber que cuando Sera callaba en movimiento, estaba organizando algo que aún no había decidido si decir.

—¿Qué piensas? —dijo Kael.

—Que la estatua ya no está.

—Ya la vi.

—¿Y?

—Alguien en el Archivo tomó una decisión que no aparece en ningún registro oficial. —Kael miró el pedestal vacío mientras pasaban—. O alguien fuera del Archivo tomó una decisión que el Archivo no pudo impedir.

—La segunda opción es más interesante.

—La segunda opción implicaría que algo ha cambiado en la estructura de poder mientras estábamos fuera. —Kael frunció el ceño ligeramente—. Lo cual podría ser útil o podría complicar todo lo que Rael está intentando hacer.

Talos se había separado del grupo al entrar a la ciudad, con la eficiencia habitual de quien tiene instrucciones propias que seguir. Había dicho que se comunicaría con Verin antes de que Kael llegara al Archivo, para que la llegada no fuera una sorpresa en ninguna dirección. Era el tipo de mediación que Talos hacía bien: no porque fuera diplomático por naturaleza, sino porque entendía que algunas situaciones requieren preparación antes que confrontación, y que confundir las dos costaba más de lo que ahorra.

Kael llevaba en el bolsillo la piedra de Yren y la piedra del ritual. Ambas. La del ritual porque no había lugar más seguro que su persona mientras no supieran exactamente qué iban a hacer con ella; la de Yren porque se había convertido en algo que no sabía cómo dejar en ningún otro lado. No un amuleto, no una herramienta. Algo más parecido a una responsabilidad que había adquirido la forma de un objeto pequeño.

El Archivo se veía desde tres calles antes de llegar: la torre del cuarto piso sobresalía sobre los edificios del distrito administrativo con esa solidez particular de los edificios construidos para durar siglos. Kael lo había visto miles de veces. Ahora lo veía con la misma atención nueva que le había prestado a la ciudad entera: como algo que conocía íntimamente por dentro pero que desde fuera tenía una escala que el uso cotidiano tendía a oscurecer.

—¿Nervioso? —preguntó Sera.

—No. —Kael lo comprobó internamente mientras lo decía, y era verdad—. Concentrado.

—Hay una diferencia.

—Sí. El nerviosismo incluye incertidumbre sobre si uno puede hacer lo que tiene que hacer. La concentración es cuando ya sabes que puedes y estás prestando atención para hacerlo bien.

Sera lo miró de reojo.

—Eso suena a algo que aprendiste recientemente.

—Me lo enseñó alguien.

No dijo quién. No hacía falta.

La entrada principal del Archivo a esa hora de la tarde estaba moderadamente concurrida: investigadores llegando o saliendo, mensajeros con documentos sellados, dos o tres estudiantes del programa de formación que Kael reconoció de vista sin conocer por nombre. Nadie lo miró con reconocimiento inmediato; su ausencia había sido lo suficientemente discreta como para que su regreso no generara ningún tipo de expectativa visible.

Lo cual era exactamente lo que necesitaba.

El guardia de la entrada —distinto al de su turno habitual, un hombre que Kael no recordaba haber visto antes— revisó su credencial con la atención mecánica de quien ha realizado ese gesto miles de veces y la devolvió sin comentario. Kael entró.

El vestíbulo del Archivo olía igual que siempre: papel viejo, aceite de lámpara, la leve humedad de los sótanos que subía por las escaleras y se instalaba en los pisos bajos con la persistencia de algo que nunca termina de irse. Era un olor que había dejado de notar hace años. Ahora lo notaba.

Sera se detuvo en el vestíbulo.

—Aquí me separo —dijo—. Tengo cosas que hacer en la ciudad antes de que oscurezca.

—¿Cuándo nos vemos?

—Cuando tengáis algo concreto que contarme. —Sera lo miró con esa expresión suya que decía claramente que no necesitaba ser incluida en los pasos intermedios—. Sabes dónde encontrarme.

Lo sabía. Era la taberna de la Calle del Yunque, que era donde Sera siempre terminaba cuando estaba en la ciudad sin un destino más específico. No porque le gustara especialmente la taberna, sino porque era un lugar donde la gente hablaba libremente y donde, si uno tenía el hábito de escuchar, podía calibrar el estado de ánimo de la ciudad mejor que leyendo los avisos oficiales.

Kael subió al tercer piso.

Su mesa estaba exactamente como la había dejado, lo cual era a la vez tranquilizador y levemente inquietante: significaba que nadie había tocado sus cosas durante su ausencia, pero también que nadie había notado su ausencia lo suficiente como para hacer algo con el espacio que había dejado. Era la invisibilidad que había cultivado durante años, funcionando exactamente como la había diseñado. Y ahora, con todo lo que había ocurrido, esa invisibilidad se sentía simultáneamente como un activo y como una limitación.

Sobre la mesa había una nota doblada. La letra en el exterior era de Rael.

Kael se quedó mirando la nota sin abrirla durante un momento.

Era un hábito que había adquirido durante los últimos meses: el de pausar antes de recibir información, de darse un instante entre el objeto y la lectura. No por miedo a lo que pudiera decir sino por la comprensión, nueva en él, de que la manera en que se recibe algo importa tanto como lo que se recibe.

Siete años de copiar textos le habían dado velocidad de lectura y amplitud de conocimiento. Los meses desde el folio le habían dado algo diferente: la paciencia específica de quien sabe que apresurarse en los momentos que importan es una manera de perder exactamente lo que los hace importantes.

Pensó en Vorn. Lo hacía menos que en las primeras semanas después de regresar, lo cual era natural: las experiencias intensas se integran, se vuelven parte del fondo desde el que uno opera en lugar de la figura que ocupa el primer plano. Pero la integración no significaba olvido. Significaba que lo que había ocurrido había pasado a ser parte de la estructura con que Kael miraba todo lo demás.

Era como haber aprendido un idioma. Los primeros meses uno piensa activamente en cada construcción, traduce, busca la palabra correcta con esfuerzo. Después de un tiempo suficiente, el idioma ya no requiere ese esfuerzo: simplemente está disponible, un modo adicional de ver el mundo que funciona en paralelo con los que ya existían.

El nombre que llevaba guardado —el que había recibido en el altar, el que no podía pronunciarse— era así ahora. No lo pensaba activamente. Estaba simplemente allí, accesible, cambiando sutilmente la manera en que experimentaba el silencio y la presencia.

Se preguntó si los otros quince receptores habían experimentado algo similar. Si Vael, la primera, hace cuatrocientos años, había pasado también por ese proceso de integración, y si lo había hecho sola o con alguien que pudiera entender de qué hablaba.

Probablemente sola. Los textos del diario que Rael había encontrado sugerían que ella no había tenido con quién hablar de ello: había escrito el diario precisamente porque no tenía audiencia para lo que quería decir.

Él, al menos, tenía a Mira. Y a Rael, aunque Rael entendía desde la lógica de los textos más que desde la experiencia directa. Y a Nara, que entendía desde décadas de proximidad a algo que no le había dado acceso directo pero que había moldeado profundamente su manera de ver el mundo.

No estaba solo.

Era, en sí mismo, parte de lo que hacía que este ciclo fuera diferente a los quince anteriores.

La abrió.

Bienvenido. Segundo piso, sala de catalogación auxiliar, mañana a las siete. No llegues con nadie que Verin haya enviado.

Kael dobló la nota de nuevo y la guardó en el bolsillo junto a las piedras.

Miró su mesa durante un momento. Los textos que había estado copiando antes de salir seguían allí, marcados donde los había dejado. Un informe sobre comercio fluvial del siglo anterior, dos contratos de concesión de tierras en el sur, y una colección de cartas administrativas que alguien había considerado suficientemente importantes para preservar pero no suficientemente interesantes para catalogar con urgencia.

Siete años de ese trabajo. Miles de páginas de otras personas, preservadas sin opinión y sin agenda.

Tomó la pluma. La puso sobre el papel.

Era la tercera vez en las últimas semanas que tomaba la pluma con la intención de escribir algo que no era un informe ni un inventario. Las dos veces anteriores había dejado la pluma sin escribir más que unas pocas líneas. Esta vez era diferente porque el texto ya existía en su mayor parte: lo que faltaba no era la materia sino la conclusión.

Los informes tenían conclusiones predeterminadas por la estructura del género: los hechos, el análisis, las recomendaciones. El texto que estaba escribiendo no era un informe, y su conclusión no podía ser predeterminada porque era parte de lo que estaba descubriendo mientras escribía.

Pensó en el primer receptor, Vael, hace cuatrocientos años. En el diario que había escrito no para explicar sino para dejar registro de que había ocurrido. En la nota que alguien había añadido siglos después: *ella no estaba mintiendo*.

Su texto no era el mismo que el de Vael. Él llegaba después: con más contexto, con la experiencia de ver el proceso completado, con la posibilidad de hablar de lo que había ocurrido en términos que el primer receptor no había tenido disponibles porque eran el resultado de cuatrocientos años de personas que intentaban, con distintos grados de éxito, encontrar palabras para algo que las resistía.

No iba a resolver el problema del lenguaje insuficiente. Nadie podía resolverlo, porque el problema no era soluble con más palabras sino con más experiencias que dieran a las palabras existentes nuevas referencias.

Lo que podía hacer era añadir al registro. Ser el decimosexto cuaderno en una serie que esperaba que continuara.

Luego la dejó.

Había una diferencia entre saber que algo tenía que cambiar y saber cómo empezar ese cambio. La primera era fácil. La segunda era el trabajo real.

Vocabulario clave

Palabra / expresión	Significado	En el texto
dar por sentado	to take for granted	<i>La ciudad era el lugar donde vivía sin dar nada por sentado.</i>
la indiferencia	the indifference	<i>Con la indiferencia de quien habita un lugar completamente.</i>
el pedestal	the pedestal / plinth	<i>Miró el pedestal vacío mientras pasaban.</i>
discretamente	discreetly / quietly	<i>Alguien la había retirado discretamente.</i>
la mediación	the mediation	<i>Era el tipo de mediación que Talos hacía bien.</i>
anticipar	to anticipate	<i>Las ciudades que anticipan el frío lucen así.</i>
la credencial	the credential / ID card	<i>El guardia revisó su credencial mecánicamente.</i>
cultivar	to cultivate / develop over time	<i>La invisibilidad que había cultivado durante años.</i>
simultáneamente	simultaneously	<i>Se sentía simultáneamente como activo y limitación.</i>
el activo	the asset	<i>Esa invisibilidad era un activo y una limitación.</i>
calibrar	to calibrate / gauge	<i>Para calibrar el estado de ánimo de la ciudad.</i>

Preguntas de comprensión

1. ¿Por qué Arath le parece extraña a Kael aunque no haya cambiado mucho?
2. ¿Qué implica la desaparición de la estatua del fundador del Tercer Archivo?
3. ¿Cómo distingue Kael entre nerviosismo y concentración?
4. ¿Por qué Kael lleva consigo ambas piedras?
5. ¿Qué dice la nota de Rael y qué implica la condición que pone?
6. ¿Por qué Kael toma la pluma y luego la deja sin escribir?

Para el docente: Foco gramatical B2: imperfecto de subjuntivo en oraciones concesivas implícitas. El capítulo establece la dualidad central de Kael en el libro 3: la invisibilidad que cultivó durante años es a la vez su mayor herramienta y lo que tiene que superar.